

Entre el prosista anda el juego

Fernando Sánchez Alonso

Cortázar cifraba la naturaleza del cuento en dos notas o cualidades: tensión e intensidad. Y es que el cuento, a diferencia de la novela, funda su poética más en la trama que en trabajar la interioridad de los personajes para hacerlos convincentes, y por esa razón rehúye la morosidad (descripciones o digresiones) que la novela propicia e incluso agradece. El cuento debe llegar al desenlace lo antes posible, sin rodeos y sin entretenerse por el camino. Azorín resumió de forma inmejorable lo que venimos expresando: el cuento es a la prosa lo que el soneto a la poesía. Son muchas las teorías sobre el cuento, pero al fin y al cabo ninguna de ellas da cuenta de lo que puede ser un relato logrado, redondo como una naranja (Truman Capote), perfecto. Se ha dicho que un cuento es bueno si conseguimos recordar su argumento, Esta afirmación refuerza o subraya la importancia capital que adquiere la trama en este género, que sólo los menores de mente consideran menor. De entre los cultivadores de este difícil género, al que editores y críticos parece que tímidamente intentan rehabilitar en los últimos años, destaca Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, León, 1923).

Alejado de los cantos medúseos de las modas literarias, Pereira ha ido perfeccionando un mundo narrativo personal e inconfundible a medida que se sucedían sus libros, y poblando un universo en el que no tienen cabida los aspavientos argumentales. Autor de más de media docena de volúmenes de relatos, entre los que destacan *Una ventana a la carretera*, *El síndrome de Estocolmo* (Premio Fastenrath de la Academia), *Picassos en el desván* y *Las ciudades de Poniente* (Premio Torrente Ballester), ahora nos ofrece una nueva colección de cuentos: *Relatos sin fronteras*. En la nota preliminar con que se abre este libro, «confesiones del autor», el propio Pereira no quiere llamar a nadie a andana y confiesa que «junto a la aportación de relatos inéditos se incluyen algunos que ya fueron impresos y hoy son inhallables» (p. 9). Tal es el caso de *Palabras para una rusa*, que pertenece al libro *El síndrome de Estocolmo*, si no recuerdo mal (escribo esta nota desde Londres, lejos de mi biblioteca madrileña), y quizá uno de los mejores de la serie, junto a *Obdulia, un cuento cruel*, en el que una madre aguarda impaciente y ansiosa la muerte de la hija para poder aprovechar, antes de que se arruine, el desaforado cargamento de camelias que hace traer para florear el entierro de Obdulia. Es este un cuento en que

la elipsis se convierte en la técnica narrativa predominante.

Por eso Pereira exige o pide, como también ha manifestado en conferencias y entrevistas, un lector cómplice que complete la historia que a menudo el narrador ofrece reducida a unos trazos fundamentales. Sin esta participación activa del receptor, muchos cuentos, como sucede también en el caso de ese gran cuentista que es Raymond Carver, parecerían desmañados e incompletos, sin significado o, cuando menos, escritos en un momento de huelga neuronal. Pereira, que se parece más a los antiguos aedos que a un escritor de impresora y ordenador, sabe dotar a sus composiciones de una frescura que sólo tiene la lengua oral, la del «filandón», la del viejo contador de historias leonés. Esto no significa que el lenguaje esté descuidado sino, antes al contrario, se nota en él una tenaz elaboración a fin de desnudar la prosa de artificios retóricos, una prosa que desde luego hubiera agradado a Juan de Valdés: «hay que escribir como se habla», recomendaba el humanista en su Diálogo de la Lengua.

Pereira, como un Azorín extraviado en una de las ciudades de Poniente, también se concentra en los «primores de lo vulgar» que se agazapan bajo la tristura de lo cotidiano, y a partir de ahí entreteje sus ficciones, de las que están excluidos los golpes de efecto, la teatralidad, lo truculento y, en fin, todos esos recursos fáciles de los que se sirven los escritores de pega para conciliarse el agrado y la atención del lector.

Otra característica que atraviesa la obra de Pereira como un río subterráneo es el humor, un humor discreto e inteligente, no ese humor que yo llamo de brocha gorda. Fiel a esta costumbre, que el lector sabe apreciar, el humor verbenea en *Relatos sin fronteras*; aparece en «Así empezó Lourido», la historia de un escritor obsesionado con pellizcarle el elástico del sujetador a todas las mujeres que encuentra a tiro, y que no acierta a reprimir ese deseo en una conferencia que pronuncia nada más y nada menos que don Camilo José Cela. Apegado al modesto, y por eso firme placer de las cosas vulgares, Pereira exalta las bondades del vino, de la buena mesa, de la amistad y del cuerpo de la mujer, temas de *El sedentario*, *Las cordobesas sueñan con el Danubio*, *Una semana y un día* y de *El oculista* respectivamente.

Un autor que nos reconcilia con lo mejor de la vida.